dad de los actos no tiene relación con su referencia al principio de utilidad, sino al incumplimiento de las normas morales. Sólo hay una influencia indirecta de la utilidad en la moralidad a través de la idea de que las obligaciones están determinadas por la utilidad de patrones de conducta internalizados. Los principios morales son reglas sociales útiles. Es decir que, para Lyons, Mill no pertenece a la primera clase de utilitaristas, porque la conducta moral se juzga por los principios morales, no por el de utilidad. Pero tampoco pertenece a la segunda, puesto que no hay una corrección del utilitarismo originada en su acomodación a los principios morales, sino, al contrario, una asimilación o determinación de éstos por aquél. En este utilitarismo «indirecto» la conducta está guiada por principios morales. Hasta aquí vamos bien, puesto que por ahora estamos abiertos a una fundamentación no necesariamente utilitarista de los principios morales. Pero en Mill esos principios son tales, porque son útiles. Mill es, entonces, al fin utilitarista y su utilitarismo no se sostiene. Sin embargo, según Lyons, el hacer notar que son dos pasos independientes está justificado.

Ahora bien, sea como fuere, agregamos nosotros, lo que queda claro es que los derechos no se pueden basar seriamente en principios utilitaristas sino en principios morales con una base sustantiva.

Ricardo F. Crespo

FERNANDO MIGUENS, *Fe y cultura en la enseñanza de Juan Pablo II*. Ediciones Palabra. Madrid 1994. 300 páginas.

La cuestión de la cultura está especialmente presente en el magisterio de Juan Pablo II. Fernando Miguens, doctor en teología y en ciencias de la educación, estudia los diversos aspectos de la relación entre la fe y la cultura tal como la plantea el Papa actual.

La primera parte del libro se refiere al análisis teológico sistemático de dichas relaciones. La crisis de la cultura moderna y su distanciamiento de los valores cristianos obliga a brindarle una mayor atención y a hacer un esfuerzo por una debida inculturación de la fe. Ello supone, además, una reforma de la cultura. Esta tarea merece el estudio del teólogo y debe ser encarada interdisciplinariamente. En primer lugar, se deben conocer los avances de las ciencias antropológicas y los desarrollos de la antropología filosófica, pasando a las primeras, con sus habituales tendencias reduccionistas, por el tamiz de la segunda, en una versión metafísica diversa de las corrientes. Este conjunto de conocimientos debe ser asumido en una antropología teológica de la cultura, en la línea seguida por el actual magisterio pontificio. Miguens dedica cincuenta páginas del texto a estos temas.

La segunda parte de la obra se ocupa de hacer una clarificación de conceptos. Primero, el de cultura. Éste ha evolucionado desde el clásico humanista a otro antropológico, más dilatado: un conjunto de creencias, conductas y valores compartidos en una sociedad. La religión es el alma de la cultura. En esta última se debe guardar el delicado equilibrio entre sus necesarios aspectos universales y los particulares, que la enriquecen. Siguiendo a Juan Pablo II, «la cultura es del hombre, proviene del hombre y es para el hombre». Es, además, el bien común de un pueblo. La clave para un concepto adecuado de cultura está en la interpretación correcta del significado de las nociones de persona y acción humana. Otro concepto importante es el de inculturación. Ésta no es solamente la adecuación del lenguaje para la mejor transmisión de la fe, sino también una transformación de las culturas para que se adapten a ella. Mediante la inculturación de la fe se da un proceso doble de perfeccionamiento de la cultura mediante su evangelización y de ajuste en la presentación de aquélla para hacerla más comprensible.

En la tercera y última parte, el autor comienza analizando el modo en que los primeros cristianos se relacionaron con la cultura de su época. Este caso, y su solución, resulta muy interesante y paradigmático, habida cuenta de algunas similitudes de aquella época con la nuestra. Sin embargo, señala Miguens en consonancia con el pensamiento de Juan Pablo II, la situación es hoy día aún más difícil en varios aspectos. Se aboca entonces a una caracterización de ella. Un rasgo esencial que está a la base de la crisis es el ateísmo. Es una actitud de aversión a Dios, aún más grave que la de aquellos contemporáneos de los primeros cristianos, que lleva a un descentramiento del hombre y de la cultura. En efecto, conduce a una secularización creciente de esta última, a una pérdida del sentido de la vida del hombre (con consecuencias concretas) y al olvido de su dignidad personal: «El hombre queda reducido así a una serie de relaciones sociales» (*Centesimus Annus*, 13). Otro rasgo fontal de la crisis cultural actual es la ausencia de la metafísica, la puesta en duda de la misma idea de verdad: basta con la coherencia. Finalmente, la relativización e instrumentalización de la ética, especialmente relacionada con el aspecto anterior. En este contexto, «la necesaria conexión metafísica-Dios-moral —dice Miguens— sólo parece ser defendida hoy día por el Magisterio de la Iglesia» (p. 225). Sin embargo, hay circunstancias que parecen favorecer la transformación de la cultura requerida por una inculturación exitosa. Mientras, otras la dificultan: el carácter postcristiano del paganismo hodierno, la ausencia de un talante metafísico, el desencanto, escepticismo y cinismo propios de la postmodernidad.

Quizás las últimas treinta páginas sean las más interesantes de este muy buen libro. Nada más ajeno a un Papa como Juan Pablo II que el excluir el camino racional. Sin embargo, propone otra metodología para la inculturación. Obedeciendo a razones que llamaríamos sobrenaturales y estratégicas, nos invita a anunciar a Jesucristo y su Redención abiertamente, sin una mediación especialmente racional. Se trata del desarrollo del plan formulado con sus primeras palabras como Pontífice: «¡No temáis! ¡Abrid, más todavía, abrid de par en par las puertas a Cristo! Abrid a su potestad salvadora los confines de los estados, los sistemas económicos y los políticos, los extensos campos de la cultura, de la civilización y del desarrollo. ¡No tengáis miedo! Cristo conoce lo que hay dentro del hombre. ¡Sólo Él lo conoce!». Es una jugada fuerte de un hombre de fe. Responde a la realidad de que la acción soteriológica se aplica primariamente al hombre y se extiende desde él a todo lo creado. La inculturación pasa por el corazón de la persona y por el testimonio de sus obras. Resulta coherente con esta visión profunda un optimismo y una orientación al futuro admirables, sin por ello rebajar la gravedad de la situación actual. «Sorprende —dice Miguens— la claridad y sencillez con que el Papa ha entrevisto la solución para una verdadera inculturación de la fe, que no es otra que aquella puesta en práctica por los primeros cristianos. No se trata aquí de un “método” evangelizador, ni de técnicas cetequéticas, sino de la exigencia de un ahondamiento del compromiso bautismal. La nueva evangelización pasa, pues, por el ineludible camino de la responsabilidad personal en el participar de la vocación misionera de la Iglesia» (pp. 278-279). Ésta es la idea que está detrás de los llamados a la reevangelización de Europa y a una nueva evangelización de América. Finalmente, el autor hace notar el viraje hacia una mayor fundamentación antropológica y pone especial énfasis en la doctrina social de la Iglesia, cuya promoción también es una vía para la inculturación.

El libro de Fernando Miguens guarda un notable equilibrio. Va a fondo, sin hacerse inaccesible. Ilustra, sin perder de vista lo esencial. Apoya sus afirmaciones con abundantes textos magisteriales, en especial de Juan Pablo II. Distingue en él al filósofo, al pastor, al Papa, y los relaciona. En suma, se trata de una profunda obra de madurez.